

Muy buenos días a quienes hoy estamos aquí reunidos. Agradezco este breve espacio en donde deseo dialogar con ustedes acerca de la Visión de nuestra Universidad. Lo primero que me gustaría manifestar es mi alegría por esta convocatoria. Es un espacio de sueños, proyecciones y esperanzas. Se trata entonces, de alguna forma, de un espacio profundamente humano, precisamente, porque los seres humanos somos capaces de soñar, de proyectarnos y de esperar.

¿Con qué Universidad soñamos para nuestro primer centenario? Esta pregunta posee, sin duda, múltiples aristas y un sinnúmero de aspectos desde dónde abordar su probable respuesta. Yo solo deseo referirme a uno: el acuciante aspecto de su identidad católica. Y deseo hacerlo, en primer lugar, desde el Evangelio, desde la Buena Noticia de Jesús. Hacernos la pregunta acerca de nuestra identidad católica es cuestionarnos acerca de qué tan hondo han calado y seguirán calando en nosotros, los dichos y hechos de Jesús, el Maestro. Es imposible desarrollar la profundidad que merece este punto, pero sólo me limitaré a decir que Jesús, el Cristo, nos propone, un proyecto de servicio (“yo estoy en medio de ustedes como el que sirve” Lc 22, 27), un proyecto de renovación (“yo hago nuevas todas las cosas” Ap 21, 5), un proyecto de felicidad (“felices los que trabajan por la paz, porque ellos verán a Dios” Mt 5, 3). En definitiva, nos ofrece su amistad (“ya nos los llamo sirvientes (...) a ustedes los llamo amigos” Jn 15, 15). Desde Jesús, desde su testimonio y sólo desde Él, es fértil discutir acerca de qué significa ser una Universidad Católica.

El Magisterio de la Iglesia, por medio su Exhortación Apostólica *Ex Corde Ecclesiae* nos enseña acerca de qué configura a nuestras Universidades y a nuestra Universidad. Pero no se agota en esta exhortación el llamado de la Iglesia a mirar la realidad para transformarla. Lo vemos, con fuerza, por ejemplo, en la Constitución Pastoral del Concilio Vaticano II *Gaudium et Spes* donde se nos recuerda una y otra vez: “Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo”. Por lo mismo, pensar nuestra Universidad del centenario y su identidad católica incluye dentro de sí la tarea de seguir construyendo una comunidad. Soñar con una universidad centenaria que sea reconocida por un ambiente comunitario, humano y fraterno es una aspiración irrenunciable.

Los cristianos de los primeros siglos eran reconocidos –tal como nos recuerda Tertuliano– por “como se amaban”. Estas palabras no son una expresión bella pero imposible de llevarlas a cabo. Esto se traduce en tareas bien concretas, desde ya, en un estilo de gestión y de vida universitaria atravesada por la práctica de la justicia y de la participación. Otro aspecto concreto es, sin duda, el cuidado de toda la comunidad universitaria. Esto incluye el relevante tema de la seguridad en todos los espacios y recintos universitarios, ningún

miembro de nuestra universidad debería sentirse inseguro, al menos, aquí en nuestra casa. Incluye también el cuidado y la promoción del bienestar, debemos avanzar en mayores estándares de bienestar en el amplio espectro que este concepto encierra. Bienestar en la diaria cotidianidad, sí, pero, especialmente cuando somos más frágiles: en la desgracia, en la enfermedad, en el dolor, en la muerte. En esto, tenemos muchos ejemplos para sentirnos agradecidos y alegres, pero también múltiples desafíos y siempre se puede avanzar más.

Otro aspecto relevante para seguir profundizando en nuestra identidad católica sería la enorme tarea de cultivar el diálogo. Nos recuerda nuestro hermano Francisco: “Las universidades, por su naturaleza, están llamadas a ser laboratorios de diálogo y de encuentro al servicio de la verdad, de la justicia y de la defensa de la dignidad humana en todos los niveles”. El diálogo es una herramienta didáctica que nos será fundamental, para llegar más robustecidos más humanos, más cristianos, a nuestro centenario. Sólo me limito a señalar dos ámbitos del diálogo que creo que nos serán enormemente necesarios en estos años: (i) diálogo fe-razón, en el que la perspectiva teológica y filosófica tienen la enorme tarea de hacer fecundo el trabajo interdisciplinario propio de la academia y; (ii) diálogo intergeneracional, en donde los miembros más experimentados de nuestra comunidad universitaria, encuentren espacios institucionalizados para transmitirnos, a los menos experimentados, la sapiencia que surge, en no pocos casos, de una vida entregada a esta universidad. Podríamos decir, espacios donde hacer y practicar la memoria agradecida a tantas mujeres y hombres que han construido, desde diversos roles, a esta Pontificia Universidad.

En este sentido, el aporte que hace y que puede seguir haciendo nuestra Universidad es enorme. Es imposible, que en tan poco tiempo pueda referirme a él acá, sin embargo, permítanme relevar un aspecto de esto: la formación fundamental de nuestros estudiantes. Este aspecto, ya es hoy y será aún más decisivo en la PUCV del centenario. Será vital potenciar esta oferta curricular y, especialmente, robustecer los cursos que contribuyen con el desarrollo de la dimensión trascendente valórica de nuestro estudiantado. Estos cursos, específicamente Antropología y Ética Cristiana contribuyen directamente con afianzar y fortalecer nuestra identidad de universidad y de universidad católica. Precisamente, porque los saberes que desde ellos se proponen se ubican en la relevante tarea de estudiar el acontecimiento de la Revelación y su credibilidad. Su quehacer se inserta entonces en el binomio fe y razón buscando mostrar la complementariedad que existe entre estos dos principios fundantes para articular ortodoxia y ortopraxis. Efectivamente, es tarea de nuestra Universidad proponer a nuestro estudiantado la Revelación como creíble y la fe como razonable. Y esto debemos hacerlo desde una perspectiva de diálogo y de frontera. La existencia de estos dos cursos, y otros ciertamente que también contribuyen con el área trascendente valórica; la existencia del Minor “Persona y Sociedad desde la visión cristiana”, y otras iniciativas asociadas a esta área, son un motivo de esperanza y alegría para toda la comunidad universitaria. Sin embargo, sigue

pendiente el desafío de potenciar esta oferta, de hacerla más robusta, de hacerla más vinculada con nuestra ciudad (por ejemplo, por medio de experiencias de voluntariado) y de dotarla de los mejores recursos disponibles y acordes a su condición de ser, tal como señala su nombre, **fundamental**. Mención aparte merece en este ámbito, el hecho de que deberíamos incluir también al postgrado, en esta área. El postgrado no está, por supuesto, ajeno a nuestra identidad católica. Y por lo mismo, es una tarea imperiosa para nuestro centenario buscar las mejores estrategias para que de forma análoga a la formación fundamental de pregrado, podamos ayudar a los estudiantes de postgrado a tensionar el desarrollo científico con la razonabilidad de la fe.

Todo esto, y ciertamente muchas otras cosas, deberíamos hacerlas con un respeto irrestricto a la dignidad y conciencia de todos los miembros de la comunidad universitaria y sin olvidar nunca que nuestra tendencia es hacia la unidad y no hacia la uniformidad. Se trata de alcanzar tal como nos recuerda Francisco “una unidad pluriforme que engendra nueva vida” (EG, 228). Francisco, nuestro hermano, nos ofrece en *Evangelii Gaudium* la bella imagen del poliedro para comprender nuestra identidad. En dicha exhortación apostólica reflexiona sobre la importancia de conocer la propia identidad para poder entrar en diálogo con los otros, pues debemos conocer quiénes somos y amar lo que somos, solo de esa manera podremos acoger al otro, pues la apertura a la diferencia no es de ningún modo licuar nuestra identidad.

Esta manera de pensar y vivir la catolicidad es colaborar en lo que Francisco denomina la construcción de una **cultura del encuentro**. La cultura del encuentro, nos dice Francisco en *Fratelli Tutti*, es “un estilo de vida tendiente a conformar ese poliedro que tiene muchas facetas, muchísimos lados, pero todos formando una unidad cargada de matices. El poliedro representa una sociedad donde las diferencias conviven complementándose, enriqueciéndose e iluminándose recíprocamente, aunque esto implique discusiones y conflictos” (FT 215).

Tenemos entonces para los años venideros una bella tarea: procurar ser una comunidad universitaria que se sabe parte de la Iglesia y por ello, trabaja y aporta al anuncio del Reino de Dios. Este anuncio toma forma en este esfuerzo de ser comunidad en diálogo, un diálogo entre sus integrantes, pero también con la sociedad en la que se encuentra. Este es un proceso largo, que requiere siempre estar mirándonos para no construir murallas que nos separan, sino puentes que nos unen. Bien podría aplicarse entonces a nuestra Universidad las palabras del Profeta Miqueas como una especie de ruta a seguir y al mismo tiempo como una respuesta a qué debemos hacer: “practicar la justicia, amar con ternura, caminar humildemente en la presencia de Dios” Miqueas 6, 8.

Muchas gracias.